

LA CONCEPCION MARXISTA DE LA SOCIEDAD

por FERNANDO OCARIZ BRAÑA *

La concepción marxista de la sociedad es un tema muy amplio, especialmente porque, según el marxismo, *toda la realidad es esencialmente social*. Por esto, una primera delimitación del argumento será la de centrarlo en aquellos aspectos que todos —y no sólo los marxistas— consideran como esencialmente sociales. Pero, para captar el alcance del pensamiento marxista acerca de ellos, es necesario no perder de vista que, según Marx, todo es sociedad y que la sociedad lo es todo.

Otra delimitación del tema nos viene exigida por la primera parte de su enunciado: “concepción marxista”. En efecto, hoy en día no existe *un* marxismo, sino *muchos* marxismos con diferencias y aún oposición entre ellos. Baste pensar en las divergencias entre el marxismo-leninismo soviético y el de pensadores como Bloch, Althusser, Lefebvre, Sartre, Gramsci, etc. Sin embargo, en el fondo y en la raíz de los diversos marxismos, se encuentra un amplio factor común —que es lo más propio del pensamiento original de Karl Marx—, de modo que todos ellos se definen por *cuatro coordenadas principales*: ateísmo, materialismo, dialéctica y socialismo. Estas cuatro coordenadas son constitutivas del marxismo en cualquiera de sus formas; y esas formas se diferencian entre sí por el *valor* concreto que dan a esas coordenadas; es decir, en el modo de ser socialistas, o de utilizar la dialéctica, o de profesar el ateísmo o de considerar a la materia como única realidad. Así, por ejemplo, se puede ser ateo, materialista y socialista y no ser marxista; ése era el caso de los socialismos utópicos anteriores a Marx, del “socialismo del Estado” de Lassalle, etc. Y caben otras combinaciones de esas coordenadas en las que, faltando una, no hay propiamente marxismo. Sin embargo, la táctica marxista de penetración en una determinada sociedad, a veces puede oscurecer o resaltar alguna de esas coordenadas, como es el caso del llamado “eurocomunismo”.

Es interesante observar que sólo uniendo los cuatro elementos o coordenadas indicadas puede darse una cierta coherencia interna. Sin el ateísmo, sin el materialismo y sin la dialéctica, se puede ser socialista, pero con una notable incoherencia teórica. No obstante, la coherencia de la síntesis marxista de esos cuatro elementos es más aparente que real: es especialmente evidente la incompatibilidad filosófica entre materialismo y dialéctica. Pero, aunque hubiese una perfecta coherencia interna —que no la hay—, sería una coherencia pensada: un juego mental que muy poco o nada

*FERNANDO OCARIZ BRAÑA: Miembro Consultor de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe. Autor de diversas obras en su especialidad.

tendría que ver con la realidad y, por tanto, con la vida, con la verdad, con el bien.

Delimitamos, pues, así nuestro tema: *concepción marxista*, es decir, lo común a los diversos marxismos prescindiendo de sus diferencias secundarias; *de la sociedad*, es decir, de lo que el sentir común y la filosofía realista considera como realidades esencialmente sociales.

I. LA SOCIEDAD EN GENERAL

Comencemos por una afirmación, a modo de tesis: *la sociedad es el devenir histórico del hombre genérico mediante el trabajo*. Veamos qué significa esta frase, según el marxismo, y qué consecuencias principales comporta.

Ya en 1845, Marx y Engels escribían en su obra conjunta *La ideología alemana*: “nosotros conocemos sólo una ciencia: la ciencia de la historia” (1), lo cual implica que la realidad objeto de la ciencia sería exclusivamente la historia. Pero, ¿qué entienden por historia? “Toda la llamada historia universal –dice Marx en los *Manuscritos de 1844*– no es otra cosa que la generación del hombre mediante el trabajo” (2); de ahí que también diga Marx que “el hombre es el resultado de su propio trabajo” (3). La siguiente pregunta se impone: ¿qué es el hombre? Marx, ya en 1843, afirmó: “La esencia humana no posee ninguna realidad verdadera” (4); es decir, el hombre no es algo determinado, con una esencia permanente a lo largo de la historia: *el hombre no es: el hombre se hace*; no existiría una naturaleza humana, sino un *devenir humano*, de manera que, puestos a hablar de “esencia humana”, habría que decir, como escribió Marx en su *6ª Tesis sobre Feuerbach*, que “la esencia humana es, en realidad, el conjunto de las relaciones sociales” (5).

Hoy en día no existe un marxismo, sino muchos marxismos con diferencias y aún oposición entre ellos. Baste pensar en las divergencias entre el marxismo-leninismo soviético y el de pensadores como Bloch, Althusser, Lefebvre, Sartre, Gramsci (...).

- (1) K. Marx-F. Engels, *La ideología alemana*, trad. castellana de Ed. Grijalbo, Barcelona, 3ª ed. 1970, p. 26.
- (2) K. Marx, *Manuscritos filosófico-económicos de 1844*, trad. italiana en “K. Marx: Opere filosofiche giovanili”, Ed. Rinascita, Roma 1950, p. 267.
- (3) Aunque Marx asumió la dialéctica hegeliana introduciendo en ella algunas variantes, la adoptó precisamente porque “concede el hombre objetivo, el hombre verdadero, porque es real, como resultado de su propio trabajo” (K. Marx, *Manuscritos de 1844*, cit., p. 298).
- (4) K. Marx, *Contribución a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho*, en “Karl Marx Frühe Schriften”, Cotta-Verlag, Stuttgart 1962, vol. I, p. 488.
- (5) K. Marx, *Tesis sobre Feuerbach*, trad. castellana de Ed. Grijalbo, en “Tesis sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos”, México 1970, p. 10.

Por tanto, para el marxismo, ese “hombre” cuya generación mediante el trabajo es la historia, es el género humano u *hombre genérico*: la sociedad, que es la que se va transformando —construyéndose— en el devenir temporal.

Pero, entonces, ¿dónde queda la persona, el individuo humano? Dirá Marx en los *Manuscritos de 1844*: “El individuo es ente social. Su manifestación de vida es manifestación de vida social. Vida individual y vida social no son distintas” (6). Efectivamente, si la “esencia humana” fuese el conjunto de las relaciones sociales, el individuo sería sólo un “nudo” de esas relaciones, un “momento” de ese devenir social, sin una consistencia entitativa propia que fuese diversa de su ser “ente social”. No queda espacio para un ámbito privado —ni pensamiento, ni propiedad, ni derechos, etc.—, diverso del ámbito social. El individuo carece, en esta concepción, de cualquier *interioridad personal*: es una forma radical —*filosófica*— de *socialismo*.

Es patente la dependencia que esta concepción marxista tiene del idealismo hegeliano, para el cual “el género humano es lo concreto y el individuo una abstracción”. Por el contrario, para el sentido común y para toda filosofía realista, lo humano concreto es el individuo, la persona, mientras que la sociedad es una realidad derivada —aunque necesaria— y posterior en el orden entitativo; una realidad con una entidad o consistencia ontológica inferior a la de la persona: es un conjunto ordenado de realidades primarias —individuos—, en sí mismas independientes de la sociedad. Pues bien, en el marxismo tenemos una completa inversión: la realidad primaria —la única auténtica realidad— sería la totalidad social, y el individuo dependería absolutamente de ella, incluso ontológicamente, siendo un simple “momento” del proceso constitutivo de las formas sociales en continuo cambio.

(...) Sin embargo, en el fondo y en la raíz de los diversos marxismos, se encuentra un amplio factor común —que es lo más propio del pensamiento original de Karl Marx—, de modo que todos ellos se definen por cuatro coordenadas principales: ateísmo, materialismo, dialéctica y socialismo.

Por otra parte, para el sentido común y para toda filosofía realista, la historia social es *historia* de algo, historia de la sociedad humana. Para el marxismo, en cambio, sociedad e historia social se identificarían: es decir, no sólo *no es* el individuo, sino tampoco la sociedad; ésta no es ser, sino devenir, historia. Esto es consecuencia del rechazo radical de la metafísica; y no habiendo ser, tampoco hay verdad ni bien; verdad y bien “se hacen”, y por tanto son esencialmente cambiantes. De ahí el carácter radicalmente amoral del socialismo marxista. Este no se postula en base a ideas de justicia, de igualdad, etc., sino como “realidad científica”, como término de un proceso

(6) K. Marx, *Manuscritos de 1844*, cit., p. 260.

necesario, de un determinismo histórico-social. Se entiende entonces el porqué de las duras críticas de Marx a todos los socialismos no marxista, desde Saint-Simon a Lassalle y, especialmente, a un supuesto “socialismo cristiano”.

Resumiendo, podemos decir que el marxismo, además de afirmar la prioridad en todo orden de la sociedad sobre el individuo, *es un historicismo social determinista*; historicismo social que recibe un nombre concreto: *materialismo histórico*.

La familia. No es considerada como una institución natural, como base de la sociedad, sino como una forma superestructural variable, dependiente de la economía.

Engels, en su obra *Ludwing Feuerbach y el final de la filosofía clásica alemana*, escribía: “El gran pensamiento fundamental, que el mundo debe concebirse no como un conjunto de cosas acabadas, sino como un conjunto de procesos en los que las cosas, aparentemente estables, realizan (no menos que sus imágenes racionales en nuestra cabeza, los conceptos) una ininterrumpida mutación de llegar a ser y dejar de ser en la que, a pesar de la aparente casualidad y el retroceso momentáneo, se impone en el fondo un desarrollo progresivo; este gran pensamiento ha penetrado, a partir de Hegel, tan profundamente en la conciencia habitual, que en su generalidad no encuentra ya casi oposición” (7).

Este historicismo peculiar —el materialismo histórico— viene determinado principalmente por dos postulados. Primero: la ley inmanente del proceso histórico-social, por la que éste es siempre progresivo, es la dialéctica. Segundo: la estructura, base o infraestructura de todo momento de ese proceso —es decir, de cualquier forma de sociedad que haya existido o pueda existir— es la economía, entendida como trabajo de producción de bienes materiales, su intercambio y consumo.

La dialéctica marxista, tomada del idealismo hegeliano, está constituida por tres leyes: la conversión de la cantidad en cualidad; la identidad de los contrarios; la negación de la negación. Esta dialéctica, aplicada a las formas sociales, significaría que —con palabras del *Manifiesto del Partido Comunista*— “la historia de toda sociedad existida hasta este momento, es historia de luchas de clases” (8), de manera que cada momento histórico-social engendraría su contrario, y en la lucha de ambos —identificación o fusión— surgiría una forma social superior, que a su vez sería negada por su contraria... Es la famosa cuestión idealista de la tesis, antítesis y síntesis, que es tesis para una nueva antítesis, y así sucesivamente.

(7) F. Engels, *Ludwig Feuerbach y el final de la filosofía clásica alemana*, ed. alemana de 1946, Berlín, pp. 37-38.

(8) K. Marx-F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, trad. italiana de Ed. Einaudi, Turín 1970, p. 100.

Acerca de *la base o infraestructura*, afirma Engels: “La concepción materialista de la historia parte del principio de que la producción y, junto con ella, el intercambio de sus productos, constituyen la base de todo el orden social; que en toda sociedad que se presenta en la historia, la distribución de los productos y, con ella, la articulación social en clases o estamentos, se orienta por lo que se produce y por cómo se produce, así como por el modo como se intercambia lo producido. Según esto, las causas últimas de todas las modificaciones sociales y de las subversiones políticas no deben buscarse en las cabezas de los hombres, en su creciente comprensión de la verdad y la justicia eternas, sino en la transformación de los modos de producción y de intercambio; no hay que buscarlas en la *filosofía*, sino en la economía de las épocas de que se trate” (9).

A partir de este postulado —nunca demostrado y falso—, todos los demás aspectos sociales —y para Marx, toda la realidad humana es el “conjunto de las relaciones sociales”—, no serían más que *superestructuras* totalmente dependientes de la base material, económica. Según esto, serían superestructuras, por ejemplo, la religión, las formas políticas, los ordenamientos jurídicos, las ideas filosóficas, etc.

Resumiendo este materialismo histórico, con palabras de Engels, hay que buscar “la causa final y la fuerza propulsora decisiva de todos los acontecimientos históricos importantes en el desarrollo económico de la sociedad, en la transformación del sistema de producción y de cambio, en la consiguiente división de la sociedad en distintas clases y en las luchas de esas clases entre sí” (10).

Tenemos en este texto los dos elementos principales que caracterizan el historicismo social marxista: la base sería la economía; la dialéctica social o lucha de clases sería el motor de la historia.

Engels afirma —como si se tratase de algo evidente o ya demostrado— que inicialmente no existió el matrimonio, sino una completa libertad sexual, hasta que por la organización económica se fue imponiendo la monogamia para poder saber de quién era hijo cada individuo a efectos de herencia.

Es ya el momento de preguntarnos: en esta concepción social, ¿qué lugar ocupan realidades como la familia, la autoridad social y política, el Derecho, la Filosofía, la Religión? Por lo que ya hemos visto, según el marxismo, no serían en ningún caso realidades permanentes —ni principios, ni instituciones—, sino simples reflejos de una determinada y transitoria base material-

(9) F. Engels, *Anti-Dühring (La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring)*, trad. castellana de Ed. Grijalbo, México 1968, p. 264.

(10) F. Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, trad. castellana de Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú 1946, p. 24.

económica. Es decir, el lugar que ocuparían dependería de la fase histórica de que se trate. De ahí la necesidad —para ver la concepción marxista sobre esas realidades concretas— de considerar su interpretación de las diversas etapas de la historia social.

II. LA HISTORIA SOCIAL

Habiendo concebido la sociedad de la manera expuesta, el origen de las instituciones sociales se pondrá siempre —*por principio*— en completa independencia, tanto de la naturaleza humana como de la libertad de las personas; ya que, por el contrario, sería el hombre quien es “socialmente criatura” de las relaciones económicas (así dice Marx, por ejemplo, en el prólogo a *El Capital*) (11).

Veamos algunos elementos de la concepción marxista de la historia social pasada.

Es importante notar de nuevo el carácter esencialmente amoroso de este planteamiento. No se trata de criticar la “injusticia” del capitalismo (así lo dice Marx expresamente en El Capital), sino de explicar un fenómeno histórico determinado por una ley —la dialéctica—, que estaría por encima e independiente de la voluntad de cualquier individuo o grupo de individuos (...).

En primer lugar, para que haya historia humana hace falta que existan hombres. Pero ¿ha habido siempre hombre sobre la Tierra? La respuesta de Marx a esta pregunta es muy interesante para entender a fondo el marxismo: “¿Quién ha engendrado al primer hombre y a la naturaleza en general?, yo puedo responder: tu pregunta es por sí misma un producto de la abstracción... Cuando te interrogas sobre la creación de la naturaleza y del hombre, tú abstraes, por tanto, de la naturaleza y del hombre. Los pones como no existentes y, sin embargo, ¿quieres que yo te los demuestre como existentes? Entonces te digo: renuncia a tu abstracción y renuncia así a tu pregunta; o si quieres mantener tu abstracción, sé consecuente, y si piensas al hombre y a la naturaleza como no existentes, piénsate tú mismo como no existente, tú que eres también naturaleza y hombre” (12). Es decir, para Marx, la pregunta sobre el origen del mundo y del hombre es una pregunta sin sentido, precisamente porque la totalidad humana —como naturaleza y como hombre— se postula como realidad única, autosuficiente por definición.

(11) K. Marx, *El Capital (Crítica de la economía política)*, trad. castellana del Fondo de Cultura Económica, México, 5ª ed. 1968, vol. I, Prólogo, p. XV.

(12) K. Marx, *Manuscritos de 1844*, cit., p. 267.

Junto a esto, Marx y sobre todo Engels, intentaron una explicación según la cual esa totalidad estuvo desde siempre en una etapa de desarrollo puramente “natural” —es decir, aún no humanizada—, hasta que en un determinado momento apareció el individuo humano como parte integrante de esa totalidad material en devenir. Es la tesis evolucionista tomada de Darwin, pero radicalizada filosóficamente en dirección al socialismo dialéctico. En su *Dialéctica de la Naturaleza*, Engels esboza una especie de historia del origen del hombre a partir del mono. Esa transformación habría tenido lugar gracias al trabajo y a la necesidad del lenguaje. Nota típica marxista, en este punto, es que el mono no trabaja —lo contrario destruiría la teoría del valor y de la plusvalía—, de manera que sólo el hombre trabaja, y a la vez el hombre es fruto o efecto del trabajo (13). Es decir, es causa y efecto a la vez respecto a lo mismo. Esto, para el marxismo no sería un absurdo, sino la dialéctica por la que se identifican los contrarios: en este caso, causa y efecto. El hombre es causa y efecto del trabajo. En el fondo, ¿qué significa esto? Que el hombre *no es*, sino que *se hace*; que *el hombre es su trabajo*, por tanto, acción, devenir material: no es ser o entidad. Esto concuerda con lo expuesto antes acerca de la supuesta inexistencia de una “esencia humana” permanente.

(...) *Por otra parte, esa dialéctica que exige que la burguesía engendre su contrario —el proletariado— y que el capitalismo engendre su opuesto —el socialismo—, se ha demostrado falsa por la experiencia posterior.*

Una vez que “ya hay hombres” tenemos la estructura social, que no son esos individuos humanos en cuanto realidades entitativas, sino en cuanto trabajo, en cuanto producción de bienes materiales, su intercambio y consumo. Es la *economía*; y según economías diversas surgirían superestructuras diversas.

Por ejemplo, *la familia*. No es considerada como una institución natural, como base de la sociedad, sino como una forma superestructural variable, dependiente de la economía.

Engels afirma —como si se tratase de algo evidente o ya demostrado— que inicialmente no existió el matrimonio, sino una completa libertad sexual, hasta que por la organización económica se fue imponiendo la monogamia para poder saber de quién era hijo cada individuo a efectos de herencia. Pasando por diversas formas, que primero habrían sido matriarcales y luego patriarcales, se habría llegado a “la familia individual moderna (que) se funda en la esclavitud doméstica (...) el hombre es en la familia el burgués; la mujer

(13) Cfr. F. Engels, *Dialéctica de la naturaleza*, trad. italiana de Ed. Riuniti, Roma, 3ª ed. 1967, pp. 183-186.

representa el proletariado”,(14). Por tanto, además de la “base económica” estaría presente la dialéctica, la oposición de clases.

Por lo que se refiere al conjunto de la organización social, según el marxismo, “la historia conoce cinco tipos fundamentales de relaciones de producción: la comunidad primitiva, la esclavitud, el régimen feudal, el régimen capitalista y el régimen socialista” (15).

El devenir social, a lo largo de estas fases principales, sería el proceso de *construcción del hombre*, por cuanto éste —entendido como *hombre genérico*, como sociedad— se iría liberando de las diversas *alienaciones*, especialmente de la alienación religiosa, de la alienación filosófica (separación entre teoría y praxis), de la alienación política (separación entre vida civil y vida pública), de la alienación social (división de la sociedad en clases) y de la alienación económica (propiedad privada). Estas supuestas alienaciones estarían relacionadas entre sí, por cuanto la alienación económica —que sería la alienación básica o de la “vida real”— hace posible la alienación social o división en clases; ésta, a su vez, haría posible que una clase domine sobre las demás y establezca un órgano de opresión —el Estado o autoridad política— del que el Derecho, dice Marx, no es otra cosa que un “aparato decorativo del poder” (16). La alienación política permite la filosófica, por cuanto se espera de las teorías, de los “derechos”, etc., la solución a problemas reales; y ésta originaría la alienación religiosa, por la que se espera la solución a esos problemas fuera de este mundo, en el cielo.

Sobre estas supuestas alienaciones volveremos más adelante.

Pasando ya a una época más reciente, “toda la sociedad actual —escribieron Marx y Engels en el *Manifiesto*— se divide cada vez más en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases directamente opuestas una a otra: *burguesía y proletariado*” (17). Más tarde afirmaba Marx: “La clase trabajadora en el curso de su desarrollo sustituirá la antigua sociedad civil por una asociación que excluirá las clases y su antagonismo, y no habrá ya poder político propiamente dicho, puesto que el poder político es precisamente el compendio oficial del antagonismo en la sociedad civil. Mientras tanto, el antagonismo entre el proletariado y la burguesía es una lucha de clase contra clase; lucha que llevada a su más alta expresión es una Revolución total” (18).

¿De dónde ha surgido esta polaridad burguesía-proletariado? Del desarrollo del capitalismo, es decir, de una concreta estructura o base económica, determinada por el fenómeno del trabajo asalariado, que permite que el dinero se transforme en capital, con una inevitable tendencia a la acumulación y a la concentración. Según esto, asegura Marx en el primer libro de *El Capital*, “conforme disminuye progresivamente el número de

(14) F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, trad. castellana de Ed. Fundamento, Madrid 1970, p. 93.

(15) J. Stalin, *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*, trad. italiana de Ed. Riuniti, Roma 1950, p. 44.

(16) K. Marx-F. Engels, *La ideología alemana*, cit. p. 377.

(17) K. Marx.-F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, cit. p. 101.

(18) K. Marx, *La miseria de la filosofía*, trad. italiana de L. Mongini, Roma 1901, p. 117.

magnates capitalistas que usurpan y monopolizan este proceso de transformación (del dinero en capital), crece la masa de la miseria, de la opresión, de la esclavización, de la degeneración, de la explotación; pero crece también la rebeldía de la clase obrera, cada vez más numerosa y más disciplinada, más unida y más organizada por el mecanismo del mismo proceso capitalista de producción. *El monopolio del capital se convierte en el grillete del régimen de producción* que ha crecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Esta salta hecha añicos. *Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados*" (19).

La sociedad socialista o dictadura del proletariado, según la teoría marxista, es en su sustancia la superación dialéctica de la sociedad capitalista burguesa.

Es importante notar de nuevo el carácter esencialmente amoral de este planteamiento. No se trata de criticar la "injusticia" del capitalismo (así lo dice Marx expresamente en *El Capital*), sino de explicar un fenómeno histórico determinado por una ley —la dialéctica—, que estaría por encima e independiente de la voluntad de cualquier individuo o grupo de individuos. Por otra parte, esa dialéctica que exige que la burguesía engendre su contrario —el proletariado— y que el capitalismo engendre su opuesto —el socialismo— se ha demostrado falsa por la experiencia posterior.

Con la muerte del capitalismo se pasaría a la etapa histórica siguiente: *el socialismo o primera fase del comunismo* (según la terminología de Lenin). Pero este paso no puede ser una transición, pues la dialéctica postula un salto brusco, violento, como resultado de la lucha-identificación de los contrarios: sería la *Revolución proletaria*, dirigida no a que la clase obrera se haga con los órganos del poder, sino a destrozar el Estado burgués y construir un nuevo Estado, el Estado proletario o *dictadura del proletariado*. Esta dictadura no sería más que la fase inicial del comunismo, al que se llegaría después poco a poco, por transición, al extinguirse ese Estado proletario y originar el "Reino de la libertad" o simplemente comunismo en su última fase. Este comunismo sería una sociedad en la que el "Hombre" se ha realizado al fin, en la que estaría definitivamente suprimida la propiedad privada y, con ella, todas aquellas supuestas alienaciones que, según el marxismo, se edificaban sobre una base económica aún deficiente. Es decir, se trataría de una sociedad sin propiedad individual, sin clases sociales, sin Estado o autoridad política, sin filosofía en cuanto separada de la praxis social, sin religión. Una sociedad, un *Hombre total*, que habría realizado plenamente —"hecho verdadero"— el sueño de Feuerbach: "el hombre es para el hombre el ser supremo" (20).

(19) K. Marx, *El Capital*, cit. vol. I, pp. 648-649.

(20) K. Marx, *Contribución a la crítica...*, cit. pág. 497.

Esta concepción del desarrollo histórico-social fue resumida así por Marx, en una carta a Weydemeyer en 1852: “Lo que yo he aportado ha sido demostrar: 1, que la existencia de las clases está ligada a determinadas fases del desarrollo histórico de producción; 2, que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado; 3, que esta misma dictadura constituye sólo el paso a la supresión de todas las clases y a una sociedad sin clases” (21).

Veamos ahora, más en concreto, cómo concibe el marxismo la sociedad socialista y la sociedad comunista.

Por lo que se refiere a la Religión, la dictadura del proletariado adoptará siempre una actitud hostil, aunque también variable: es un aspecto en el que “aún quedarán residuos de la sociedad anterior”, pues la simple Revolución no elimina definitivamente la fe religiosa del pueblo (...).

III. LA SOCIEDAD SOCIALISTA O PRIMERA FASE DEL COMUNISMO

La sociedad socialista o dictadura del proletariado, según la teoría marxista, es en su sustancia la superación dialéctica de la sociedad capitalista burguesa. Y, de acuerdo con la noción marxista-hegeliana de superación con *aufhebung*, sería una supresión que es, a la vez, conservación de lo suprimido. Es decir, la dictadura del proletariado, junto a elementos específicamente nuevos, contendrá aún residuos de la anterior sociedad.

Por lo que se refiere al *sistema económico*, el trabajo se retribuiría según el tiempo empleado en él. Esto, dice Marx, es un “residuo del derecho burgués”, pues no se trata de instaurar el “reino de la igualdad”, continúa Marx en su *Crítica al Programa de Gotha*, sino de conseguir que cada individuo produzca según su capacidad y consuma según su necesidad, pero esto no es aún posible. Lo que sí habría de instaurarse desde el primer momento es la propiedad colectiva de los medios de producción, suprimiendo la propiedad privada sobre ellos; con esto sí que se habría abolido ya un aspecto importante del “derecho burgués” (22).

Respecto a *la familia y a la educación*, afirma Engels que “en cuanto los medios de producción pasan a ser de propiedad común, la familia individual deja de ser la unidad económica de la sociedad. La guarda y educación de los

(21) K. Marx, *Carta a Weydemeyer*, 5-III-1852; cit. en Lenin, *El Estado y la Revolución*, trad. italiana de Ed. Riuniti, Roma 1954, p. 38.

(22) Cfr. K. Marx, *Crítica al Programa de Gotha* (Carta a Bracke de 5-V-1875); cit. y comentado ampliamente en Lenin, *El Estado y la Revolución*, ed. cit., pp. 103 ss.

hijos se convierte en asunto público” (23). En la práctica, la legislación familiar podrá ir variando, según las conveniencias económicas: todavía será necesaria una cierta legislación, algunos restos del “derecho burgués”.

Respecto a la *organización política*, Lenin explica: “Las formas de los Estados burgueses son extraordinariamente variadas, pero la sustancia es única: todos estos Estados son, de un modo u otro, en último análisis, obligatoriamente, una dictadura de la burguesía. El paso del capitalismo al comunismo, naturalmente producirá una enorme abundancia y variedad de formas políticas, pero la sustancia será inevitablemente una sola: la dictadura del proletariado” (24). De ahí que las críticas que algunos comunistas occidentales —por ejemplo, los eurocomunistas— dirigen a las realizaciones socialistas soviéticas, no supongan —aun en el caso de que fuesen sinceras— una renuncia a la dictadura del proletariado, aunque se prescindiera cada vez más del empleo de esa terminología, que resulta muy poco atractiva para la mayoría, al menos en los países no comunistas.

(...) Por esto, igual que la táctica marxista antes de esa revolución, en la dictadura del proletariado se emplearán los medios que en cada caso se consideran más eficaces para aniquilar la Religión, lo cual exigiría a veces conceder una cierta ‘libertad religiosa’. En cualquier caso, y en cualquier circunstancia, según Marx, ‘la supresión de la religión, en el sentido de felicidad ilusoria del pueblo, es la exigencia de su felicidad real’.

Por lo que se refiere a *la Religión*, la dictadura del proletariado adoptará siempre una actitud hostil, aunque también variable: es un aspecto en el que “aún quedarán residuos de la sociedad anterior”, pues la simple Revolución no elimina definitivamente la fe religiosa del pueblo. Por esto, igual que la táctica marxista antes de esa revolución, en la dictadura del proletariado se emplearán los medios que en cada caso se consideren más eficaces para aniquilar la Religión, lo cual exigiría a veces conceder una cierta “libertad religiosa”. En cualquier caso, y en cualquier circunstancia, según Marx, “la supresión de la religión, en el sentido de felicidad ilusoria del pueblo, es la exigencia de su felicidad real” (25). Y, veintiséis años después, Marx escribía: “Es necesario luchar enérgicamente contra los sacerdotes, sobre todo en las regiones católicas (...). Estos perros —por ejemplo, el obispo Ketteler de Maguncia, los sacerdotes reunidos en un Congreso en Düsseldorf, etc.— juguetean con la cuestión obrera” (26). Predicar la justicia y la caridad sería, para Marx, “jugueteo con la cuestión obrera”. Sobre el marxismo y la religión volveremos también más adelante.

(23) F. Engels, *El origen de la familia...*, cit. p. 96.

(24) Lenin, *El Estado y la Revolución*, cit. p. 40.

(25) K. Marx, *Contribución a la crítica...*, cit. p. 489.

(26) K. Marx, *Carta a Engels*, 1869.

Por último, entre las principales características del socialismo o primera fase del comunismo, cabe señalar que este Estado proletario *no será aún el Reino de la libertad*. “No siendo el Estado —escribía Engels en 1875— más que una institución transitoria de la que ha de servirse en la lucha, en la revolución, para aplastar con la fuerza a los propios enemigos, hablar de un Estado popular libre es absurdo: mientras el proletariado tenga todavía *necesidad* del Estado, tiene esa necesidad no en el interés de la libertad, sino en el interés del aplastamiento de sus adversarios” (27). ¿Quiénes son estos adversarios? Evidentemente, todos aquellos que pretendan actuar libremente, de modo diverso al establecido por el Estado socialista; es decir, en la práctica y *también en la teoría*, quienes no se sometan totalmente a las directrices del Partido Comunista, que según Lenin es la “vanguardia del proletariado” (28).

El comunismo sería, pues, una sociedad sin propiedad privada, sin clases, sin Estado político, sin Derecho, sin distinción entre trabajo manual y trabajo intelectual, sin religión.

IV. LA SOCIEDAD COMUNISTA EN SU ÚLTIMA FASE

La teoría marxista, como ya se ha dicho, concibe el Estado socialista como una realidad que se iría extinguiendo poco a poco, conforme no fuese quedando nadie —“nadie” entendido como clase— que reprimir, y se fuesen eliminando las “causas” de posibles acciones privadas contrarias al interés general de la sociedad. Como esas causas, según el marxismo, sólo son económicas, la llegada del comunismo en su última fase exige una situación de sobreabundancia de bienes materiales, una tal organización y productividad del trabajo y un tal “acostumbramiento” de los individuos, que hagan posible que cada uno trabaje espontáneamente según toda su capacidad y consuma según su necesidad. Con esto, se habría llegado también a suprimir todo “gobierno sobre los hombres”, que estaría sustituido por la simple “administración sobre las cosas” (como ya postulaba el socialismo utópico anterior a Marx) (29).

El paso del socialismo al comunismo es calificado por Engels como el definitivo “tránsito del reino de la necesidad al reino de la libertad”. Pero ¿qué es esta libertad?

(27) F. Engels, *Carta a Bebel*, marzo 1875; citada en Lenin, *El Estado y la Revolución*, cit. p. 100.

(28) Lenin, *El Estado y la Revolución*, cit. p. 30.

(29) Cfr. por ejemplo, *ibidem*, pp. 92 y 107-108.

No cabe esperar muchas más explicaciones o descripciones de este “paraíso comunista”. La concepción dialéctica sólo permite predecirlo usando negaciones: como negación de todo orden social anterior; y sus características concretas, como negación de las concretas características de las precedentes fases de la historia social. El comunismo sería, pues, una sociedad sin propiedad privada, sin clases, sin Estado político, sin Derecho, sin distinción entre trabajo manual y trabajo intelectual, sin religión, un mundo en el que la misma ruptura o distinción-separación entre trabajo y necesidades habría sido eliminada, llegando a ser el trabajo la principal necesidad.

El paso del socialismo al comunismo es calificado por Engels como el definitivo “tránsito del reino de la necesidad al reino de la libertad” (30). Pero, ¿qué es esta libertad? “ante todo —explica el teórico marxista húngaro Lukacs— hay que notar que la libertad no significa aquí la libertad del individuo” (31), sino que sería la “libertad de la totalidad”, la *independencia* efectiva, de la sociedad respecto a todo. Sin embargo, también se dice que el individuo será por fin verdaderamente libre, precisamente por su absoluta identificación con el todo social: sería *libre de todo personalismo* (el marxismo preferiría decir “libre de todo egoísmo”) (32). El individuo habría comprendido que es *necesariamente* un “simple momento” del devenir social; y en esto radicaría su ser libre (33).

Como escribió también Marx: “Religión, familia, Estado, Derecho moral, ciencia, arte, etc., sólo son modos particulares de la producción... Suprimir la propiedad privada es suprimir toda alienación... La alienación religiosa se produce sólo en el ámbito de la conciencia, pero la económica es la alienación de la vida real: su supresión abarca ambos lados. El comunismo comienza ya a partir del ateísmo”.

Estamos aquí ante una triste caricatura; tristísima y trágica. La verdadera libertad —que, como reconoció Hegel, no era conocida antes de Cristo y fuera del cristianismo (34)— se realiza en la total dependencia y obediencia a Dios. En el marxismo, partiendo de la negación de Dios, se termina por concebir la libertad personal como total sumisión al todo social. Queriendo sustraerse a toda dependencia, la libertad se ha hecho una libertad vacía, una *libertad de la libertad* —en frase del gran filósofo Cornelio Fabro—; es decir,

(30) F. Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, cit. p. 99.

(31) G. Lukacs, *Historia y conciencia de clase*, trad. italiana de Ed. Sugar, Milán, 3ª ed. 1970, p. 388.

(32) *Ibidem*.

(33) Según el marxismo, “Hegel ha sido el primero que expresó exactamente la relación que existe entre libertad y necesidad. ‘La necesidad es ciega sólo en la medida en que no es comprendida’ (Hegel)” (F. Engels, *Anti-Dühring*, cit. p. 104).

(34) G. W. F. Hegel, *Historia de la Filosofía, Introducción*, ed. alemana de J. Hoffmeister, Leipzig 1944, p. 63.

el hombre se ha “liberado” de ser libre, perdiendo así su máxima dignidad humana y renunciando también a su destino eterno *in libertatem gloriae filiorum Dei* (35), hacia la libertad de la gloria de los hijos de Dios.

V. CONCLUSION

Hemos visto lo principal del contenido de aquellas cuatro coordenadas principales: ateísmo, materialismo, dialéctica y socialismo, que determinan la concepción marxista del mundo y, por tanto, de la sociedad.

Es interesante recordar ahora un hecho importante: la coordenada socialismo es consecuencia de las otras tres. Así lo expresó Engels: “No se ha llegado al comunismo sino a través de la disolución de la especulación hegeliana, cumplida por obra de Feuerbach. Pero las verdaderas condiciones de vida del proletariado son tan poco conocidas entre nosotros...” (36). De esta disolución del idealismo alemán, en efecto, el marxismo tomó el ateísmo, el materialismo y la dialéctica, como si fuesen realidades ya definitivamente establecidas, sin pretender en ningún momento probarlas. El empeño teórico del marxismo se dirigió casi exclusivamente a demostrar que de esas premisas se sigue un “socialismo científico”, es decir, no postulado en nombre de una justicia —que no se acepta ni siquiera como noción—, ni de una organización perfecta de la sociedad —que sería una utopía—, sino que es “previsto” como etapa necesaria a la que conduciría el determinismo histórico.

Podemos concluir diciendo que la concepción marxista de la sociedad es el comunismo en su sentido propio y más radical: la dependencia absoluta del individuo respecto a la totalidad (...)

Otro dato importante, en las relaciones mutuas de esas cuatro coordenadas, es que el inicio y el motor del entero proceso de elaboración teórica y práctica del marxismo es el ateísmo. Un ateísmo que se presenta explícitamente como inseparable del resto. Ya en 1843 había escrito Marx: “La crítica de la religión es la condición de toda crítica” (37); “la crítica de la religión conduce a la doctrina según la cual el hombre es para el hombre el ser supremo” (38). Esta “supremacía humana” es la finalidad última y el motor inicial; se trataría, por eso, de llegar a un *ateísmo positivo*: no de negación de Dios simplemente, sino de construcción de un mundo en el que desaparezca la idea misma de Dios. Como escribió también Marx: “Religión,

(35) *Rom VIII, 21.*

(36) F. Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, trad. castellana de Ed. Diáspora, Buenos Aires 1974, p. 24.

(37) K. Marx, *Contribución a la crítica...*, cit., p. 488.

(38) *Ibidem*, p. 497.

familia, Estado, Derecho moral, ciencia, arte, etc., sólo son modos particulares de la producción... Suprimir la propiedad privada es suprimir toda alienación... La alienación religiosa se produce sólo en el ámbito de la conciencia, pero la económica es la alienación de la vida real: su supresión abarca ambos lados. El comunismo comienza ya a partir del ateísmo” (39). Efectivamente, sólo negando a Dios y la inmortalidad personal es posible considerar como “alienación” todo pensamiento filosófico —es decir, toda pretensión de buscar y someterse a una verdad objetiva, independiente de la praxis humana—, es posible imaginar como alienación la existencia de la autoridad social y política, la distinción entre estamentos sociales y la propiedad privada, ya que el fundamento de ésta es la dignidad de la persona, su espiritualidad y su libertad.

Como resumen, podemos concluir diciendo que la *concepción marxista de la sociedad* es el *comunismo* en su sentido propio y más radical: la dependencia absoluta del individuo respecto a la totalidad; la negación de toda consistencia ontológica a la naturaleza humana y, consecuencia, la subordinación absoluta de cualquier otro elemento de la vida humana —personal y social— a la realización de un bienestar material incondicionado, propuesto como única meta histórica.

La primera fase de este comunismo es *socialismo*; es decir, la dependencia absoluta de lo individual respecto a lo social se concreta en dependencia respecto al Estado, en espera de que llegue una segunda fase en la que esa dependencia sea ya a la sociedad misma sin necesidad de la autoridad política, porque el hombre se haya liberado de su propia libertad, en aras de la “libertad” —entendida como autosuficiencia plena ya realizada— de la totalidad.

(...) *La negación de toda consistencia ontológica a la naturaleza humana y, en consecuencia, la subordinación absoluta de cualquier otro elemento de la vida humana —personal y social—.*

Evidentemente, aquí sería superfluo mostrar la falsedad de las coordenadas que determinan esta concepción marxista, al menos por lo que se refiere al ateísmo y al materialismo. Por otra parte, esas teorías ya han sido rigurosamente rebatidas muchas veces y, además, es relativamente fácil de hacer. Por lo que se refiere a la dialéctica, baste recordar que su fundamento último sigue siendo la concepción hegeliana de la identidad entre el ser y la nada, que proviene —en Hegel— de su profundísimo y radical error de concebir el ser como simple concepto; lo cual, a su vez, no es más que la radicalización del racionalismo cartesiano, con la mediación sobre todo de la filosofía de Spinoza.

Respecto al resultado —el socialismo y comunismo—, es patente su oposición constitutiva a la naturaleza humana, a toda autonomía personal —que, a lo más, será “concedida” como delegación del Estado cuando resulte útil—, y por tanto, a la realidad, a la Ley natural y, en consecuencia, a la Voluntad de Dios.

La primera fase de este comunismo es socialismo; es decir, la dependencia absoluta de lo individual respecto a lo social se concreta en dependencia respecto al Estado, en espera de que llegue una segunda fase en la que esa dependencia sea ya a la sociedad misma sin necesidad de la autoridad política.

Para terminar, surge una cuestión puramente existencial: si la concepción marxista de la sociedad es tan patentemente insostenible desde el punto de vista teórico y si, además, las realizaciones históricas en Europa oriental y Asia son tan poco atractivas, ¿cómo se explica la capacidad de arrastre que ejerce sobre tanta gente, desde intelectuales a personas de poca cultura? Hay una respuesta fácil, pero demasiado simple: “porque no saben qué es el marxismo y son engañados por la táctica social-comunista”. Esto es cierto, sin duda, en algunos casos, pero no siempre. El atractivo lo tiene con frecuencia el marxismo mismo, a pesar de sus patentes contradicciones internas y de sus realizaciones funestas. ¿Cómo es posible?

Parece un misterio. Pero un misterio que, en cuanto tal, se reduce a ese *mysterium iniquitatis* que —en palabras inspiradas de San Pablo—, es el pecado. Porque, efectivamente, el marxismo, a la vez —y aún *antes*— que un error teórico, es un pecado. Es más, por su inicial y constante *aversio a Deo*, y esa absoluta *conversio ad creaturas* que supone la producción y consumo de bienes materiales propuesta como esencia y fin último de la humanidad, el marxismo se nos presenta como el intento más radical realizado hasta ahora de convertir la esencia misma del pecado en doctrina filosófica y en programa político.

Ahora bien, este *misterio existencial* se desvela un poco si entendemos la prioridad existencial de la libertad en la dirección de la vida humana. Efectivamente, la dialéctica marxista permite sobrevolar cualquier incoherencia teórica, precisamente porque antes que teoría filosófica es una actitud práctica, una decisión de la libertad: la decisión de no reconocer y de no respetar nada —ni en la naturaleza ni en el hombre— que pretenda presentarse como ya establecido, como definitivo, como verdad y como bien objetivos, limitadores, por tanto, de la acción material.

Pero, pretendiendo esa total independencia, esa absolutad libertad, la libertad misma se suicida: al faltarle un fundamento —y, en último y primer término, ese fundamento es Dios—, se hace, como ya hemos visto, una *libertad de la libertad*, una liberación de la libertad, una anulación o vaciamiento de la misma, en aras de una teoría y una práctica social en la que el individuo no es persona, sino *exclusivamente* “ente social”.

En el enfrentamiento teórico y práctico con el marxismo no está en juego una simple cuestión de justicia social, sino el destino mismo de los individuos y de los pueblos. Si pudiese, el marxismo construiría un mundo sin espíritu, un cuerpo sin alma, un hombre sin Dios ni libertad y, por tanto, sin principio, ni fin, ni verdadero sentido.

Respecto al resultado —el socialismo y comunismo—, es patente su oposición constitutiva a la naturaleza humana, a toda autonomía personal —que, a lo más, será “concedida” como delegación del Estado cuando resulte útil— y, por tanto, a la realidad, a la Ley natural y, en consecuencia, a la Voluntad de Dios.